

EZEQUIEL

CARL FRIEDRICH KEIL

Comentario al texto hebreo
del
Antiguo Testamento
por C. F. Keil y F. J. Delitzsch

Traducción y adaptación de Xabier Pikaza



editorial clie

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



Publicado originalmente en alemán por Carl Friedrich Keil, bajo el título *Biblischer Kommentar über das Alte Testament, Ezeziel*, Zweite, verbesserte Auflage, Dörffling und Franke, Leipzig 1882.

Traducido y adaptado por: Xabier Pikaza Ibarondo

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

© 2018, Editorial CLIE, para esta edición en español.

COMENTARIO AL TEXTO HEBREO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Ezequiel

ISBN: 978-84-17131-58-6

Depósito Legal: B 22963-2019

Comentarios bíblicos

Antiguo Testamento

Referencia: 225082

Querido lector,

Nos sentimos honrados de proporcionar este destacado comentario en español. Durante más de 150 años, la obra monumental de Keil y Delitzsch ha sido la referencia estándar de oro en el Antiguo Testamento.

El Antiguo Testamento es fundamental para nuestra comprensión de los propósitos de Dios en la tierra. Hay profecías y promesas, muchas de las cuales ya de han cumplido, como el nacimiento y la vida de Jesucristo, tal y como se registra en el Nuevo Testamento. Algunas se están cumpliendo ahora, mientras que otras se realizarán en el futuro.

Los autores, Keil y Delitzsch, escribiendo cuando lo hicieron, solo podían imaginar por la fe lo que sucedería cien años después: el renacimiento de Israel como nación y el reagrupamiento del pueblo judío en la Tierra. Este milagro moderno continúa desarrollándose en nuestros días. Desde nuestra perspectiva actual podemos entender más plenamente la naturaleza eterna del pacto de Dios con su pueblo.

Según nuestro análisis, los escritos de Keil y Delitzsch parecen haber anticipado lo que vemos hoy en Tierra Santa. Donde su interpretación es menos clara, es comprensible dada la improbabilidad, desde el punto de vista natural, de que la nación hebrea renaciera y su pueblo se reuniera.

En resumen, le encomendamos este libro de referencia, solo añadiendo que lo involucramos desde la perspectiva de la realidad de lo que ahora sabemos acerca del Israel moderno. De hecho, el Señor está comenzando a levantar el velo de los ojos del pueblo judío.

Sé bendecido con el magnífico comentario de Keil y Delitzsch, ya que estamos ayudando a que esté disponible.

John y Wendy Beckett
Elyria, Ohio, Estados Unidos

CONTENIDO

PRÓLOGO (X. Pikaza).....	ix
1. Elementos básicos de Ezequiel	ix
2. Comentario de C. F. Keil.....	xvii
INTRODUCCIÓN	1
1. La Persona del profeta.....	1
2. Los tiempos del profeta.....	2
3. El libro del profeta.....	6
Ez 1-32	
PRIMERA PARTE. PROFECÍAS DE JUICIO	
I. Ez 1, 1-3, 21. Consagración y llamada de Ezequiel para el oficio de profeta.....	15
1. Ez 1, 1-28. Aparición de la Gloria del Señor	15
2. Ez 2, 1-3, 3. Llamada de Ezequiel para el oficio profético	39
3. Ez 3, 4-21. El envío del profeta.....	44
II. Ez 3, 22-5, 17. Destino de Jerusalén y de sus habitantes	53
1. Ez 3, 22-27. Introducción al oráculo profético.....	54
2. Ez 4, 1-17. Asedio de Jerusalén. Tres actos simbólicos.....	58
3. Ez 5, 1-17. Sigue la amenaza contra Jerusalén	71
III. Ez 6, 1-7, 27. Juicio por idolatría, caída de Israel	80
1. Ez 6, 1-14. La gran idolatría de Israel, destrucción de los idólatras.....	80
2. Ez 7, 1-27. Caída de Israel, ejecución del juicio	85
IV. Ez 8, 1-11, 25. Visión de la destrucción de Jerusalén	96
1. Ez 8, 1-18. Abominaciones idolátricas de la casa de Israel	96
2. Ez 9, 1-11. Los ángeles que han de destruir Jerusalén.....	107
3. Ez 10, 1-22. Incendio de Jerusalén. La Gloria se aleja del Santuario.....	114
4. Ez 11, 1-25. Amenaza de juicio y promesa de misericordia.	121
V. Ez 12, 1-19, 14. Anuncio del juicio. Actividad de Ezequiel...	132
1. Ez 12, 1-28. Salida del rey y del pueblo. El pan de las lágrimas	133
2. Ez 13, 1-23. Contra los falsos profetas y profetisas.....	139

3. Ez 14, 1-23. Contra los adoradores de ídolos.	
Certeza del juicio.....	150
3.1. Ez 14, 2-11. <i>Contra los falsos profetas</i>	151
3.2. Ez 14, 12-23. <i>La justicia de los piadosos no evitará el juicio</i>	155
4. Ez 15, 1-8. Jerusalén, sarmiento inútil de vino agrio.	162
5. Ez 16, 1-63. Ingratitud e infidelidad de Jerusalén.	
Castigo y vergüenza.	164
5.1. Ez 16, 1-34. <i>Los pecados de la nación</i>	165
5.2. Ez 16, 35-52. <i>Anuncio del castigo</i>	180
5.3. Ez 16, 53-63. <i>Restauración de Israel</i>	188
6. Ez 17, 1-24. Humillación y exaltación de la familia davídica.....	197
7. Ez 18, 1-32. Justicia retributiva de Dios.	
Responsabilidad personal.....	205
8. Ez 19, 1-14. Lamentación por los príncipes de Israel	215
VI. Ez 20, 1-24, 27. Siguen los reproches y amenazas contra Israel	220
1. Ez 20, 1-44. Pasado, presente y futuro de Israel	220
2. Ez 21, 1-27. El bosque ardiente y la espada del Señor	238
3. Ez 22, 1-31. Los pecados de Jerusalén e Israel	256
3.1. Ez 22, 1-16. <i>Delitos de sangre. El peso de los pecados</i>	256
3.2. Ez 22, 17-32. <i>Israel se ha vuelto escoria, todos están corrompidos</i>	260
4. Ez 23, 1-49. Ahola y Aholiba. Las prostitutas Samaria y Jerusalén	265
5. Ez 24, 1-27. Se predice la destrucción de Jerusalén, en parábola y por signo.....	280
VII. Ez 25, 1-32, 32. Predicciones de juicio sobre las naciones paganas	292
1. Ez 25, 1-17. Contra varias naciones del entorno de Israel	296
2. Ez 26, 1-28, 26. Contra Tiro y Sidón	304
2.1. Ez 26, 1-21. <i>La caída de Tiro</i>	304
2.2. Ez 27, 1-36. <i>Lamentación por la caída de Tiro</i>	314
2.3. Ez 28, 1-19. <i>Contra el príncipe de Tiro</i>	330
2.4. Ez 28, 20-26. <i>Profecía contra Sidón y promesa para Israel</i>	345
3. Ez 29, 1-32, 32. Contra Egipto	347
3.1. Ez 29, 1-16. <i>Juicio sobre el Faraón, su pueblo y su tierra</i>	348
3.2. Ez 29, 17-21. <i>Conquista y saqueo de Egipto por Nabucodonosor</i>	355

3.3. Ez 30, 1-19. <i>El día del juicio sobre Egipto</i>	358
3.4. Ez 31, 1-18. <i>Gloria y caída de Asur, tipo de Egipto</i>	368
3.5. Ez 32, 1-32. <i>Lamentación sobre la ruina del Faraón y su pueblo</i>	379
3.5.1. Ez 32, 1-16. <i>Lamentación sobre el rey de Egipto</i>	379
3.5.2. Ez 32, 17-32. <i>Elegía funeraria por Egipto y los imperios del sheol</i>	385

Ez 33-48

SEGUNDA PARTE. ANUNCIO DE SALVACIÓN

I. Ez 33, 1-33. Llamada del profeta y su relación con pueblo ...	401
1. Ez 33, 1-20. <i>Llamada del profeta para el futuro</i>	402
2. Ez 33, 21-33. <i>Actitud del profeta hacia el pueblo y del pueblo hacia el profeta</i>	406
II. Ez 34-39. Restauración de Israel y destrucción de Gog y Magog	413
1. Ez 34, 1-31. <i>Contra los malos pastores. Un buen pastor</i>	414
2. Ez 35, 1-36, 15. <i>Devastación de Edom, restauración de Israel</i>	425
3. Ez 36, 16-38. <i>La salvación de Israel se funda en su santificación</i>	434
4. Ez 37, 1- 26. <i>Resurrección de Israel, y reunión como una nación</i>	441
5. Ez 38, 1-39, 29. <i>Destrucción de Gog con su gran ejército de naciones</i>	470
5.1. <i>Ez 38, 1-23. Invasión y destrucción de Gog</i>	471
5.2. <i>Ez 39, 1-29. Juicio que ha de caer sobre Gog y sus huestes</i>	481
III. Ez 40-48. El nuevo Reino de Dios	489
1. Ez 40, 1-43, 12. <i>El nuevo templo</i>	490
1.1. <i>Ez 40, 1-47. Atrio exterior, con muro de separación, puertas y celdas.</i>	491
1.2. <i>Ez 40, 48-41, 26. Casa del templo con porche, almacenes laterales y edificio trasero.</i>	521
1.3. <i>Ez 42, 1-20. Habitaciones sagradas en el atrio y terreno santo en torno al templo</i>	543
1.4. <i>Ez 43, 1-12. La Gloria del Señor entra en el nuevo templo</i>	558

2. Ez 43, 13-46, 24. El nuevo culto del templo.....	566
2.1. Ez 43, 13-27. <i>La ley del altar</i>	566
2.2. Ez 44, 1-31. <i>Las diferentes clases del pueblo en el nuevo santuario</i>	576
2.3. Ez 45, 1-17. <i>Impuesto de la tierra y ofrendas principales del pueblo</i>	592
2.4. Ez 45, 18-46, 24. <i>Ofrendas y sacrificios</i>	602
2.4.1. Ez 45, 18-28. Luna nueva, Pascua y fiesta de los Tabernáculos.....	602
2.4.2. Ez 46, 1-24. Ofrendas del principio, cocinas sacrificiales para sacerdotes y pueblo.....	608
IV. Ez 47, 1-48, 34. Bendición y distribución de la tierra entre las tribus de Israel	617
1. Ez 47, 1-12. El río del agua de vida	617
2. Ez 47, 13-48, 34. Límites y división de la Tierra. La Ciudad de Dios.....	625
2.1. Ez 47, 13-23. <i>Limites de la tierra</i>	625
2.2. Ez 48, 1-29. <i>División entre las tribus</i>	630
V. Ez 40-48. Interpretación general	642
1. ¿Enseña la profecía del Antiguo Testamento la glorificación de la tierra de Canaán antes del juicio final?	647
2. ¿Enseña el Nuevo Testamento una glorificación física de Palestina y un Reino de Gloria en la Jerusalén terrena antes del último juicio y de la destrucción del cielo y de la tierra?	650
3. ¿Cómo ha de entenderse la visión del nuevo Reino de Dios en Ez 40-48? En otras palabras ¿cómo debemos entender el cumplimiento de esta visión profética?.....	660
IMÁGENES	673

INTRODUCCIÓN

1. La Persona del Profeta

Ezequiel, יְהוֹנָדָן בֶּן-בִּזְיָהוּ (Ez 1,3; 24, 24), es decir, אֵל יְהוֹזֵק, *Dios fortalece*, Ἰεζεκιήλ (LXX y libro de Siraj, 49,8), en la Vulgata *Ezechiel*, mientras Lutero, siguiendo el ejemplo de los LXX, escribe *Hesekiel*, fue el hijo de Busi, de ascendencia sacerdotal. Fue llevado a la cautividad en el exilio de Babilonia en el año 599 a.C., es decir, en el año once antes de la destrucción de Jerusalén, con el rey Joaquín, los nobles del reino, muchos sacerdotes y la clase superior de la población de Jerusalén y de Judá (cf. Ez 1, 2; 40, 1; 2 Rey 24, 14; Jer 29, 1).

Vivió en la parte superior de Mesopotamia, en las riberas del río Caboras/ Qebar, casado, en su propio domicilio, en medio de la colonia de los judíos desterrados, en un lugar llamado Tel-Aviv (Ez 1, 1; 3, 15.24; 8, 1; 24, 18). En el año quinto de su cautiverio, es decir, el 595 a.C., fue llamado para ser profeta del Señor, y trabajó en este puesto oficial durante veintidós años, porque la última de sus profecías está datada en el año veintisiete de su exilio, es decir, en el 572 a.C. (Ez 29, 17). Nada se conoce de las otras circunstancias y acontecimiento de su vida, ni tampoco de su muerte.

Las leyendas apócrifas que hallamos en los Padres de la Iglesia y en los Escritos Rabínicos dicen que fue asesinado por un príncipe de su propio pueblo, por haber rechazado su idolatría y que fue enterrado en la tumba de Sem y de Arfasad, etc. (cf. J. B. Carpzov, 1639-1699, *Introductio in Theologiam Judaicam*, 1687, II, 203ss), carecen de todo valor histórico. Lo único cierto es que terminó su vida entre los exilados, allí donde Dios le había asignado su servicio de profeta, y, a diferencia de su contemporáneo Daniel (cf. Dan 1, 21; 10, 1), no sobrevivió hasta el final de la cautividad, para ver el comienzo de la redención de Israel de Babilonia, pues sus profecías no contienen la mínima alusión a ello.

2. Los tiempos del profeta

Ezequiel, como Daniel, fue un profeta en el exilio, pero lo fue de un modo diferente a éste último, que fue llevado cautivo antes que él a Babilonia, tras la primera conquista de Jerusalén por Nabucodonosor, en el reinado de Joaquín, y que después vivió aún durante setenta años en la corte de los reyes de Babilonia y de los medo-persas, realizando, de tiempo en tiempo, importantes servicios de Estado.

Daniel fue colocado por Dios en esa posición elevada, lo que le permitió tener una visión de la formación y de la evolución de los reinos del mundo, de manera que, desde esa perspectiva, fue capaz de ver el despliegue de esos reinos del mundo en su lucha contra el Reino de Dios, pudiendo así predecir el poder y la gloria indestructible de ese Reino de Dios, que se encuentra por encima de todos los poderes del mundo.

Por el contrario, *Ezequiel* fue constituido como vigía sobre la nación de los exilados de Israel, y de esa forma fue capaz de *continuar* en la línea de los profetas anteriores, y especialmente de Jeremías, con el cual se asocia de diversas formas en sus profecías; él fue destinado así para predicar a sus contemporáneos el juicio y salvación de Dios, a fin de convertirlos al Señor su Dios.

De un modo consecuente, para entender su obra como mensajero de Dios, una obra cuyo fruto maduro aparece ante nosotros en sus escritos proféticos, debemos tener en cuenta no solo la importancia del exilio para el despliegue del reino de Dios, sino también las realidades y relaciones sociales entre las cuales realizó Ezequiel su trabajo.

Aquello que el Señor había anunciado por Moisés a las tribus de Israel, mientras se hallaban todavía al otro lado de las fronteras de la tierra prometida, preparándose para tomar posesión de ella, es decir que si ellos desobedecían de un modo consecuente a sus mandamientos, él les castigaría no solo con duros castigos, sino que les expulsaría de la tierra que iban a ocupar y les dispersaría entre las naciones (cf. Lev 26, 14-45; Dt 28, 15-68)..., esta amenaza, repetida después por todos los profetas tras Moisés se había cumplido ya, es decir, había sido ejecutada por los asirios, sobre las diez tribus del Norte de Israel, que se habían rebelado contra la casa de David. Pues bien, esa misma amenaza iba a realizarse ahora también, a través de los Caldeos, sobre el reino de Judá.

En el reinado de Joaquín, Nabucodonosor, rey de Babilonia, había invadido por primera vez el reino de Judá, había tomado Jerusalén, había convertido a Joaquín en tributario, y había llevado consigo a Babilonia un gran número de jóvenes israelitas de noble cuna y de sangre real, entre los cuales se hallaba Daniel, con una parte de los vasos sagrados del templo, con el fin de que estos jóvenes pudieran ser educados para el servicio de la corte real de Babilonia (Dan 2, 1-7).

Con esta invasión de los caldeos comenzaron los setenta años del cautiverio de los judíos en Babilonia, tal como lo había predicho el profeta Jeremías. Pues

bien, como al cabo de tres años el nuevo rey Joaquín/Jeconías se rebeló de nuevo contra Nabucodonosor, éste volvió a poner sitio a la ciudad de Jerusalén, y después de un largo asedio la tomó de nuevo, en el tercer mes del reinado de Joaquín, al que llevó cautivo a Babilonia, con los miembros de su corte, los nobles de Judá y Jerusalén, y un gran número de sacerdotes, guerreros, carpinteros y herreros, dejando en la tierra solamente a la parte menos noble del pueblo, sobre la que nombró como rey vasallo a Matanías, el tío del monarca cautivo, cambiándole de nombre, de manera que en vez de llamarse Matanías se llamara Sedecías (2 Rey 24, 10-17; 29, 2).

Al quitarle a la nación su corazón y su fuerza (la casa real, los trabajadores especializados...), el poder de Judá quedó roto. Y, aunque en ese momento Nabucodonosor no *destruyó* del todo al Estado judío, sino que le permitió pervivir como un reino sometido bajo su soberanía, es evidente que no pudo pervivir por mucho tiempo.

Judá había caído a mucha profundidad, y así fue incapaz de reconocer la mano del castigo de Dios en las calamidades que había sufrido, y no tuvo la capacidad para inclinarse con arrepentimiento ante la poderosa mano de Dios. En lugar de escuchar la voz del profeta Jeremías y de soportar con paciencia el yugo de los caldeos (cf. 2 Cron 26, 12), tanto el nuevo rey vasallo como el pueblo pusieron su confianza en la ayuda de Egipto, de manera que Sedecías rompió el juramento de fidelidad que había jurado al rey de Babilonia. Por eso, para castigar esta perfidia, Nabucodonosor marchó de nuevo contra Jerusalén, y así tomó y quemó la ciudad y el templo, en el año once del reinado de Sedecías, y de esa forma puso fin al reino de Judá.

Sedecías quiso escaparse de la ciudad sitiada, pero los caldeos le apresaron, y le llevaron a Ribla con sus hijos ante la presencia del rey Nabucodonosor, quien hizo ejecutar ante sus ojos a sus propios hijos. Después privó de la vista a Sedecías, y así mandó que el rey ciego fuera llevado en cadenas a Babilonia (2 Rey 25, 1-21; Jer 52, 1-30). Allí, en Ribla, fueron condenados también a muerte y ejecutados muchos oficiales del ejército, con los sacerdotes de más alto rango, mientras que aquellos que habían sido tomados prisioneros en Jerusalén con los desertores y una gran cantidad del resto del pueblo fueron llevados al exilio de Babilonia (2 Rey 25, 1-21; Jer 52, 1-30).

Por esta catástrofe, la teocracia del antiguo Testamento perdió su existencia política, y el pueblo de la alianza fue expulsado de su propia tierra, y esparcido entre las naciones, para cumplir así el castigo de su obstinada apostasía, por haberse rebelado contra el Señor su Dios. Sin embargo, esta dispersión entre las naciones no significó el rechazo total de Israel, sino que fue una *suspensión* y no una *aniquilación* de la alianza de gracia. La infidelidad humana no puede destruir la fidelidad de Dios. A pesar de este juicio terrible, que cayó sobre ellos por sus grandes transgresiones, el pueblo de Israel siguió siendo el pueblo escogido, a través del cual Dios

iba a realizar aún sus proyectos respecto del conjunto de la humanidad, como dice K. A. Auberlen (cf. *Der Prophet Daniel und die Offenbarung Johannis*, Basel 1857).

Dios no se arrepiente de sus dones y de sus llamadas (Rom 11, 29). Ciertamente, la teocracia no fue restaurada de nuevo tras el exilio de Babilonia y el pueblo de la alianza no recuperó de nuevo su independencia, sino que (a excepción del corto período de los macabeos, en el que mantenerse vivir en libertad) los judíos vivieron siempre bajo la dependencia de los dominadores paganos, hasta que los romanos destruyeron Jerusalén y dispersaron a los judíos entre todas las naciones de la tierra.

De todas formas, a pesar de eso, el Reino de Dios no fue realmente destruido con la caída de teocracia o de la libertad política del pueblo. Lo que sucedió en realidad fue que el Reino de Dios entró en una fase nueva de su despliegue, una fase querida por Dios como tiempo de transición hasta la llegada de su renovación y perfección total, que iba a realizarse por Cristo. Pues bien, para preparar el camino para esta meta, y al mismo tiempo para servir como testimonio para los exilados, el Señor elevó a Ezequiel, hijo de un sacerdote, haciéndole profeta y dotándole de un poder y energía antes desconocidos en medio de los cautivos:

“Dios hizo que él elevará en alto su voz, como una trompeta, para manifestar a Israel sus malas obras...; y esa manifestación sirvió como testimonio poderoso para mostrar que el Señor seguía en medio de su pueblo y que el mismo pueblo era un templo del Señor, de manera que, en su comparación, el mismo templo externo y visible, que aún permaneció por un poco de tiempo, perdió su importancia. De esa forma proclamó Ezequiel la llegada de un Sansón espiritual, que agarró con sus brazos poderosos los pilares de aquel templo de ídolos, y los derribó por los suelos; de esa forma se elevó esta figura poderosa, gigantesca, que era la apropiada para someter el espíritu babilonio de aquel tiempo, que se deleitaba en figuras poderosas, gigantesca y grotescas. Así fue Ezequiel, un profeta que se mantuvo en pie, él a solas, pues fuerza era semejantes de la de un centenar de hijos de los profetas” (cf. E.W. Hengstenberg, *Christologie des Alten Testaments*, Berlin 1854, II, 531).

La llamada de Ezequiel al oficio profético tuvo lugar en el año cinco del reinado de Sedecías, en el mes cuatro de ese año (Ez 1, 1-2), en un momento en el que, tanto entre los que habían permanecido en la tierra de Israel como entre los que habían sido llevados cautivos a Babilonia, se había extendido la esperanza de una rápida caída del poder de la monarquía babilónica y de la vuelta de los exilados a su tierra nativa, una esperanza animada y fortalecida por los anuncios mentirosos de los falsos profetas (como puede verse en Jer 29).

En el mismo mes y año profetizó Hananías, un profeta de Gabaón, en el templo de Jerusalén, ante los ojos de los sacerdotes y de todo el pueblo, diciendo que Yahvé rompería el yugo del rey de Babilonia, y que a los dos años haría que volvieran a traer de nuevo a Jerusalén todos los vasos sagrados del templo que

Nabucodonosor había llevado, y que volvería también el rey Joaquín/Jeconías y todos los cautivos que habían sido llevados a Babilonia (Jer 28, 1-4).

Pues bien, el profeta Jeremías se opuso y rechazó con la palabra de Dios esas predicciones mentirosas y estas esperanzas vacías, profetizando que la servidumbre a los babilonios sería de largo duración, de manera que por eso fue violentamente acusado y perseguido por los profetas mentirosos, incluso por aquellos que se hallaban en Babilonia (cf. Jer 28, 5-17; 29, 21-32). Este engaño en relación con la situación política, y este espíritu de resistencia en contra de los decretos de Dios, se había apoderado no solo del pueblo, sino también de los nobles y del rey, de manera que ellos planearon y llevaron ansiosamente a término una conspiración en contra del rey de Babilonia.

La reunión celebrada en Jerusalén entre los reyes de Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón, con Sedecías no tenía otro objeto que alzarse contra Babilonia (Jer 27, 3). Pues bien, en ese contexto, la embajada que Sedecías envió a Babilonia (Jer 24, 3) y el mismo viaje que él realizó hasta allí, en el cuarto año de su reinado (Jer 51, 59) tenían la intención de engañar al rey de Babilonia, asegurándole su devoción y fidelidad, mientras él y los reyes vecinos estaban preparando una rebelión.

Pero esta esperanza vacía de una rápida liberación del yugo de Babilonia fue ignominiosamente rechazada. A consecuencia de la rebelión traidora de Sedecías, tras un asedio de año y medio, Nabucodonosor tomó Jerusalén, quemó la ciudad y el templo y destruyó el reino de Judá. De esa manera quedaron destruidos todos aquellos apoyos en los que había confiado vanamente la nación alejada de Dios. De esa manera, las afirmaciones engañosas de los falsos profetas vinieron a mostrarse mentiras. Por el contrario, las predicciones de los profetas de Dios habían sido justificadas de un modo intenso, mostrándose divinamente verdaderas.

La destrucción de Jerusalén, el incendio y destrucción del templo y la caída del reino ofrecieron, según eso, un punto de cambio básico para los trabajos proféticos de Ezequiel. De un modo consecuente, antes de la calamidad, Ezequiel había tenido que anunciar al pueblo (animado con la esperanza de una rápida liberación del exilio) el juicio y caída de Jerusalén y de Judá, aunque ese anuncio encontrara poca aceptación. Pues bien, después de la destrucción de Jerusalén y del exilio del conjunto del pueblo, para superar la desesperación del pueblo que estaba agonizando en el exilio y para vencer las burlas, desprecio y tiranía de los paganos, Ezequiel tuvo que abrir las fuentes del consuelo, anunciando al pueblo que, a causa de la ignominia que habían causado a su pueblo, el mismo Dios conduciría a la destrucción a todas las naciones paganas, pero que lo haría solo si su pueblo, Judá, al que esas naciones habían oprimido, se arrepentía y volvía a Dios.

Dios reuniría así de nuevo a su pueblo, haciéndole volver de la opresión, convirtiéndole de nuevo en una nación santa, cumpliendo los mandamientos de

Dios y ofreciéndole un servicio voluntario. Dios le conduciría así de nuevo a su propia tierra, de manera que su siervo David fuera su príncipe, y estableciendo de nuevo su reino, de un modo glorioso.

3. El libro del profeta

La colección de las profecías reunidas en este libro forman una unidad completa y se dividen en dos partes principales: 1. Anuncio de juicio sobre Israel y las naciones paganas (Ez 1-32). 2. Anuncio de salvación para Israel (Ez 33-48).

Cada una de estas partes principales se divide en dos secciones. (1) La primera contiene: (a) las profecías de juicio sobre Israel y Jerusalén (Ez 3, 22-24, 27); (b) juicio sobre las naciones paganas (Ez 25-32). (2) La segunda contiene: (c) predicciones de la redención y restauración de Israel, con la caída del poder mundial pagano (Ez 33-39); (d) visión profética de la restauración y exaltación del reino de Dios (Ez 40-48). Toda la colección se abre con la solemne llamada de Ezequiel para el servicio profético (Ez 1, 1-3, 21).

Las profecías contenidas en a, c y d están organizadas de un modo cronológico; por el contrario, las contenidas en b (que anuncian las amenazas contra las naciones paganas) están organizadas según sus materias. Esto queda probado por los datos cronológicos ofrecidos en la “super-inscripción” de los títulos, y confirmado por el contenido de los grupos de profecías en las primeras tres partes.

- La primera parte (a: Ez 1-24) contiene las siguientes noticias cronológicas: el año cinco de la cautividad de Joaquín (Ez 1, 2), indicando el tiempo de la llamada de Ezequiel al oficio de profeta, así como las primeras predicciones respecto a Jerusalén y Judá; después, evoca el año seis (Ez 8, 1), el siete (20, 2) y el nueve de la cautividad de ese monarca (8, 1).
- La segunda parte (b: Ez 25-32) contiene las predicciones contra siete naciones extranjeras; entre ellas, la referente a Tiro cae en el año once (Ez 25, 1) y las referentes a Egipto en el año diez (39, 1), en el veintisiete (29, 17), en el once (30, 22 y 31, 1) y en el doce del exilio.
- Las dos últimas partes (c y d: Ez 33-39 y 40-48) contienen solo una noticia cronológica cada una: Ez 33, 21, en el año diez de la cautividad, es decir, un año después de la destrucción de Jerusalén; y Ez 40, 1, en el año veinticinco de la cautividad, es decir, en el año catorce después de la destrucción de Jerusalén.

Las restantes profecías, que no llevan en su encabezamiento ninguna referencia temporal, se conectan de manera tan estrecha por su contenido con el tiempo del conjunto al que se refieren que ellas han de situarse en el mismo período de ese tiempo. De aquí se deduce que las profecías de la primera parte y la mayor parte de las de la segunda han de datarse antes de la destrucción de Jerusalén. Por el contrario, las profecías de la tercera y cuarta parte proceden de un tiempo que sigue a la catástrofe.

Esta referencia cronológica nos lleva a pensar que, en contra de la mayoría de los expositores, las profecías en contra de las naciones (contenidas en Ez 25-32) han de situarse en la primera parte del libro, no en la segunda (es decir, antes de la caída final de Jerusalén). Esta visión queda confirmada por un lado por el contenido de esas profecías, pues ellas anuncian, sin excepción, la caída de las naciones y reinos paganos, sin referencia al perdón futuro y a la conversión de un resto de esas naciones; de esa forma ellas se conectan estrechamente con las profecías de amenaza contra Israel, contenidas en las primera parte del libro.

Por otra parte, la semejanza existente entre Ez 30, 1-20 y 3, 16-21, comparadas con Ez 18, 19-32, no dejan duda alguna de que Ez 33, 1-20 está evocando la tarea básica que ha de ocupar al profeta después de la destrucción de Jerusalén, de manera que ese texto (Ez 33, 1-20) forma la introducción de la segunda parte de sus profecías. Para ulteriores precisiones sobre el contenido y las subdivisiones del libro, cf. las exposiciones que se ofrece en la parte introductoria de cada una de las secciones y capítulos.



El estilo de las representaciones proféticas de Ezequiel tiene muchas peculiaridades. En primer lugar, el revestimiento de símbolos y alegorías resulta más abundante en él que en todos los restantes profetas. Sus símbolos y alegorías no se limitan a ofrecer unos esquemas y visiones generales, sino que han sido elaborados hasta en los más mínimos detalles, de tal manera que ofrece representaciones que producen una impresión de grandeza imponente y de exuberante plenitud.

Hasta el más simple discurso profético está lleno de imaginación, con unas comparaciones arriesgadas y extrañas, que se expanden de un modo copioso, que tiende a exprimir el tema por todas partes, de manera que se repiten muchas expresiones y formas peculiares, de un modo que llega a ser incluso cansino. Por un lado, algunos han querido explicar estas peculiaridades de su estilo de representación diciendo que ellas han de entenderse a partir del influjo que el espíritu y el gusto de los babilonios ha ejercido sobre la forma de las profecías de Ezequiel. En contra de eso, otros han pensado que ese estilo de Ezequiel es el reflejo de un arte literario que intenta suplir los defectos del espíritu profético y de la misma palabra hablada con la ayuda de un aprendizaje e imitación de la vida.

Pero, en contra de eso, no se puede hablar en modo alguno de un supuesto influjo del espíritu babilonio en el simbolismo de nuestro profeta. No hay pruebas que nos permitan aceptar la visión de H. Hävernick (1811-1845), según la cual “el conjunto de estos símbolos de Ezequiel tiene un carácter colosal, que refleja en diversas formas el influjo poderoso que el profeta ha recibido de la extraña tierra en la que está cautivo (Babilonia), un influjo que se puede captar una y otra vez y que se expresa en el espíritu de Ezequiel de un modo poderoso e independiente”.

Tampoco se puede aceptar, de un modo general, la observación de aquellos que dicen que, por su forma y contenido, los símbolos de Ezequiel se parecen a los de su contemporáneo Daniel. Así, por citar un ejemplo, la referencia a la visión del águila y la comparación de los hombres ricos con árboles y cedros (cf. Ez 17) no se puede tomar como resultado de un influjo de Daniel, porque esas imágenes aparecen ya en los profetas anterior, y tanto los leones como los cedros son también originarios de Palestina.

Tampoco se puede reconocer un influjo babilonio en la visión del campo con los huesos de los hombres muertos (Ez 37), ni en la visión del nuevo templo (Ez 40), de manera que solo podría hablarse de un presumible influjo caldeo en la visión de los querubines con cuatro cabezas del Ez 1. Pero si partimos del hecho de que en la visión en la que el Señor aparece en forma humana el objeto central de la visión es el Trono, y sabiendo que este punto central no tiene ninguna referencia a Babilonia, podemos afirmar que la representación de los querubines con rostros de hombres, leones, toros y águilas no puede derivarse de la contemplación de las esculturas asirias o caldeas de figuras humanas con cabezas y alas de águilas, ni de la visión de los toros alados con figuras humana, ni de la visión de las esfinges con cuerpos de animales y cabezas de mujeres, tal como se encuentran en las ruinas de la antigua Nínive. Por otra parte, los querubines de Ezequiel no eran pinturas de toros con fauces de leones, con alas de águilas y con rostro humano adornado con cuernos – como los ha representado aún W. Neumann en su tratado del Tabernáculo –... porque, según Ez 15, todas esas representaciones están centradas en una figura humana.

Ciertamente, se han encontrado también entre los asirios esculturas en las que aparecen figuras de hombres con alas; pero Ezequiel no tenía necesidad de copiar esas figuras, pues él tenía mucho más a mano las imágenes de los querubines con forma humana, que formaban parte del templo de Salomón. Todo el simbolismo de Ezequiel deriva del templo de Jerusalén, y se sitúa en la línea de las ideas y representaciones del Antiguo Testamento.

En cuanto a la visión ideal del templo de Ez 40 ss, ella aparece esbozada según las medidas del templo de Salomón, que fue quemado por los caldeos, y, por otra parte, los elementos de la descripción de la majestuosa teofanía de Ez 1 y 10 están tomadas también del trono de Yahvé del templo de Jerusalén, donde él estaba sentado sobre querubines, que se encontraban situados sobre la cubierta del arca de la alianza. En esa línea se hallaban los fenómenos entre los cuales se había realizado la manifestación de la gloria divina en el establecimiento de la alianza del Sinaí.

Sobre la base de estos hechos, Isaías había representado ya la aparición del Señor como una visión en la que él contemplaba a Yahvé en el templo, sentado sobre un trono alto y excelso, mientras a su alrededor se hallaban de pie los serafines con seis alas que comenzaban a cantar: “Santo, Santo” (Is 6, 1-13). Ezequiel

ha modificado este simbolismo para expresar su vocación y lo ha elaborado de un modo más extenso. La manera en la que ha elaborado esta visión, con otros simbolismos, muestra sin duda su capacidad de describir con palabras, de un modo preciso y atractivo, aquello que él ha visto en espíritu.

Pues bien, el simbolismo en sí mismo, igual que la visión no son en modo alguno un producto de su arte poético, ni un despliegue subjetivo de su viva fantasía, sin fundamento objetivo alguno. Al contrario, su visión y su descripción de la visión se fundan, tanto por su contenido como por su forma, sobre una visión que es espiritualmente real, esa decir, que ha sido producida por el espíritu de Dios en el alma del profeta. En ese contexto, el arte del autor se reduce a reproducir de un modo fiel y preciso aquello que él ha visto en espíritu.

Lo que caracteriza a Ezequiel es la abundancia de visiones y metáforas, y el hecho de que él posee una imaginación muy viva y un conocimiento que se expresa de muchas maneras, con muchas imágenes. Estas cualidades aparecen no solo en el esbozo del nuevo templo (Ez 40, 1), sino también en la descripción del abundante comercio de Tiro (Ez 27) y de las relaciones de Egipto (Ez 29 y 31). Estas cualidades aparecen también en la intención profunda que se manifiesta en *todas* sus representaciones, no solamente en las descripciones simbólicas y en los retratos alegóricos (Ez 16 y 23), sino también en sus simples discursos y juicios, es decir, en su manera de precisar los detalles más concretos, proyectando la luz desde todas los lados, para así penetrar en los temas, sin descansar hasta haberlos expuesto de un modo exhaustivo, y ello sin mostrar ningún esfuerzo en evitar las repeticiones.

Pues bien, este estilo de representación se funda no solo en la individualidad de nuestro profeta, sin aún más en las referencias a su tiempo, y en su forma de situarse ante esta generación a la que él tuvo que anunciar el consejo y voluntad de Dios. El simbolismo y el empleo de parábolas, visiones y proverbios sirve en general para presentar las verdades que se han de exponer de una forma que sea atractiva, para fortalecer así la impresión de las palabras y discursos; pues bien, en esa línea, la abundancia y el carácter detallado de las visiones, e incluso la repetición de los pensamientos y expresiones, desde nuevos puntos de vida, sirve para el mismo fin.

El pueblo al que Ezequiel debía anunciar primero el arrepentimiento y después el juicio divino y la salvación era “una raza rebelde, deshonesto y de duro corazón” (Ez 3, 7-9. 26; 12, 2 etc.). Si quería realizar su oficio de un modo fiel y concienzudo, tal como se lo pedía el Señor, convirtiéndole en vigía sobre la casa de Israel, él debía no solo castigar con palabras duras, y de un modo drástico, los pecados del pueblo, pintando ante sus ojos de un modo preciso los horrores del juicio, sino que debía anunciar y ofrecer también, en un estilo que fuera adecuado a los sentidos, aquella salvación que debía manifestarse para la nación arrepentida, cuando se cumpliera el juicio.



Simbolismo. Estrechamente conectado con lo anterior, el estilo de la profecía de Ezequiel tiene otra particularidad, que se muestra en la gran importancia que él asigna al origen y contenido de sus declaraciones, como aparece de un modo muy preciso en la forma contante con la que Dios se dirige a él, llamándole “Hijo de Hombre”, impulsándole de esa manera a hablar y actuar, y también en el empleo de otras fórmulas, como יהוה אדני, y también יהוה אמר יהוה o נאם יהוה. Lo mismo aparece en la introducción de todos los discursos, cuando Dios le exige que profetice o que haga esto o lo otro y, finalmente, en la fórmula que aparece frecuentemente en todos sus discursos: “Vosotros conoceréis que yo soy Yahvé”.

Ciertamente, hay muchos que toman tanto la fórmula frecuente de Hijo de Hombre como la exigencia de hablar y actuar como expresión de que Ezequiel carece del espíritu-poder profético. Sin embargo, esas dos frases no expresan esa idea de impotencia en Ezequiel, ni han de entenderse de un modo *naturalista*, como quiere G. H. A. Ewald (1803-1875), sino que son más bien el resultado de una alta inspiración poética, que Ezequiel recibe y utiliza con la intención de expresar el sentimiento de su profunda distancia respecto de Dios, queriendo así conseguir el coraje necesario para profetizar.

En esa línea, si nos situamos en una perspectiva más honda, conforme a la concepción bíblica de la profecía, pensamos que ha sido el mismo Dios el que se ha dirigido a Ezequiel llamándole “hijo de hombre” y el que le ha mandado actuar y proclamar sus predicciones, como algo que procede del mismo Dios, entonces, este dato (que el mismo Dios le llame hijo de hombre) nos ofrece la certeza de que Ezequiel no está siguiendo los pensamientos e inspiraciones de su propio corazón, sino que, en todo lo que dice y hace, él está actuando bajo mandato superior, siguiendo una inspiración divina; de esa manera, esos gestos y palabras sirven para impresionar más y más a la nación rebelde, llevándole al convencimiento de que en medio de ellos hay un profeta del Señor (Ez 2, 5; 33, 33), de manera que Dios no se ha separado de Israel, dejándola sin Espíritu, a pesar de que el pueblo esté cautivo entre los paganos.

A favor de esta visión (es decir, del hecho de que ese tipo de conducta y esas frases de Ezequiel provienen de Dios) está la forma en que él fue llamado y consagrado para el oficio profético; no solo las instrucciones que Dios le comunicó para realizar su llamada (Ez 2, 1-3, 21), instrucciones que él cumple, como primer gesto de su acción profética (quedando mudo, y en completo silencio, hasta que Dios le inspire una palabra que él mismo debe dirigir al pueblo rebelde: Ez 3, 26-27; cf. 24, 27 y 33, 22), sino también la teofanía que fue el principio de su llamada para el oficio profético (Ez 1), provienen de la acción del mismo Dios.

Como iremos viendo a lo largo de nuestra exposición, todo eso tiene la finalidad inequívoca de mostrarnos que a través de Ezequiel está actuando una realidad superior, y que el mensaje de Ezequiel no será destruido con la disolución del reino de Judá y con la destrucción de Jerusalén y del templo, que habían

sido señal de la gracia y el pacto de Dios. Por encima de todo eso, Dios seguirá inspirando y apoyando a su profeta, ofreciéndole simbólicamente una experiencia y esperanza más alta de salvación.

Normalmente se cita también como peculiaridad de las profecías de Ezequiel la importancia que él atribuye a su ascendencia y actitud sacerdotal, especialmente en las visiones de Ez 1 (cf. también Ez 8-11 y 40-48), con los rasgos individuales que ofrece, en Ez 3, 13; 20, 12; 22, 8; 36, 24 etc. Ewald explica esto como “resultado de una concepción unilateral de la antigüedad, como podría verse en muchos libros y tradiciones, y también como resultado de la extrema postración de espíritu de Ezequiel, intensificada por la larga duración del exilio y del cautiverio del pueblo”. Por su partes W. de Wette (1780-1849), Gesenius y otros evocan en esta línea la estrechez mental del profeta.

Pero estas visiones son igualmente infundadas y sin contenido, pues se fundan en la visión superficial de que las abundantes descripciones de los objetos sagrados del templo fueron creadas solo con la finalidad de mantener para el futuro la memoria de los mejores tiempos del pasado (Ewald). Solo cuando reconocemos, por el contrario, el carácter simbólico de esas descripciones, podemos descubrir que no había nadie más adecuado que un sacerdote, familiarizado con las instituciones del culto, para describir las teofanías de Ez 1 y Ez 10 y para ofrecer la visión del templo de Ez 40.

Estas descripciones simbólicas no son producto de una estrechez mental, ni de unas ideas sacerdotales aisladas de la vida; al contrario, ellas nos muestra que el Señor Dios había escogido a un sacerdote, y no a otro tipo de persona, para ser su profeta, y que le había permitido contemplar el futuro de su Reino sobre la tierra con símbolos del santuario de Jerusalén, porque esos símbolos del santuario eran los que mejor podían servirle para expresar la realidad de la salvación futura.

En esa línea, tampoco otros textos como Ez 4, 13; 20, 12 etc., en los que se da mucha importancia a los mandatos ceremoniales de la Ley y en los que se indica la violación de esos mandamientos como causa del juicio que está recayendo sobre Israel, son expresión de la unilateralidad o de la estrechez de espíritu del profeta, sino todo lo contrario: ellas son expresión del hondo simbolismo divino de su mensaje.

En relación con la Ley Mosaica, Ezequiel no tiene una visión distinta de aquella que habían tenido los profetas anteriores. Ezequiel sabía que en el fondo de esos preceptos, no solo de tipo moral, sino también de tipo ceremonial, había unos pensamientos divinos, con elementos esenciales de la santidad divina, que se expresaba en y a través de Israel. De esa manera, lleno del sentimiento del valor permanente de toda la Ley, Ezequiel exigió obediencia a sus mandamientos, pues eran mandatos de Dios.

La importancia que él concede al Pentateuco no es tampoco algo exclusivamente suyo, sino que es algo común a todos los profetas, en la medida en que

todos, sin excepción, critican y juzgan la vida de la nación desde la perspectiva de los mandatos de la Ley de Moisés. En este, Ezequiel, lo mismo que su predecesor inmediato, Jeremías, se distingue de los profetas anteriores solo en el hecho de que las referencias verbales al Pentateuco aparecen en ambos con mayor frecuencia, y reciben un énfasis más grande. Pues bien, esto no se funda solo en el hecho de que ambos provienen de familias sacerdotales, sino también en las circunstancias concretas de su tiempo, especialmente en el hecho de que el abandono de la Ley por parte del pueblo había sido muy grande, de manera que los juicios de castigo anunciados en el Pentateuco contra sus trasgresores habían ya caído sobre ellos; por eso, estos dos profetas (Jeremías y Ezequiel) se vieron obligados no solo a proclamar los mandamientos, sino a anunciar las amenazas contenidas en la misma ley, si es que ellos querían cumplir fielmente el oficio profético para el que habían sido llamados.

El lenguaje de Ezequiel se distingue por el gran número de palabras y formas que no aparecen en ningún otro lugar, y que probablemente, en su mayoría, fueron acuñadas por el mismo e incluyen muchos préstamos del lenguaje del Pentateuco. (Véase una enumeración de esas palabras y formas en mi *Handbuch der Historisch-Kritischen Einleitung in Das Alte Testament* §77, 6). Por otra parte, Ezequiel fue incapaz de resistir a las influencias de un dialecto popular poco puro, recibiendo además muchos influjos del Arameo, de manera que ofrece el testimonio de una decadencia de la lengua hebrea (cf. *Handbuch der Historisch-Kritischen Einleitung* §17). Todo esto nos recuerda que el profeta estaba viviendo en un país extranjero.

Todos los críticos reconocen actualmente (hasta el día de hoy) la autenticidad de las profecías de Ezequiel. No hay, por otra parte, ninguna duda de que fue el mismo profeta el que las escribió y el que organizó los temas en este volumen de su libro, tal como ha sido transmitido hasta nosotros. Solo Ewald y Hitzig, con el propósito de dejar a un lado las predicciones que les molestan, han propuesto algunas hipótesis muy artificiosas sobre el modo y manera en que el libro se originó. Pero no es necesario ponerse a examinar de un modo más preciso sus teorías, pues su probabilidad y su fidelidad dependen solo de las visiones dogmáticas de sus autores.

Un compendio de la literatura exegética sobre Ezequiel en *Handbuch der Historisch-Kritischen Einleitung* I, pag. 353. Debe añadirse en los tiempos recientes la obra de Dr. Th. Kleifoth *Das Buch Ezechiels* I-II, Rostock, 1864 y 1865.